

¿ Y entonces?

¿Y entonces?

Y entonces, el ogro que se acerca a Caperucita Roja y le dijo que si no le entregaba, para comérselos, a los siete enanos se la iba a comer en ese instante. ¿Dónde los escondiste? Preguntó con voz de trueno. Caperucita le dijo que se pusieron las botas del gato y que ahora estaban lejos, muy lejos. Por decir esta mentira a la Caperuza le aumentó como un metro la nariz que era de madera. Eso la salvó pues se echó al mar para escapar. La madera de la nariz la hizo flotar hasta que la Sirenita la encontró y la puso en un lugar seguro. Vino Simbad, el marino y la condujo a tierra. Cuál no sería su suerte que se encontró el zapato de cristal que dejó Cenicienta. Vino el príncipe y al verla con ese zapato le propuso matrimonio. La Bestia se enamoró también de ella y aventando al príncipe se puso a bailar un vals con la joven. Caperucita quedó exhausta por el esfuerzo, pero contenta. Ahora tenía que decidir entre un príncipe y una Bestia. El Príncipe era el mismo que ella conoció hace muchos años y al que le decía El Principito. Y ya, se acabó el cuento. Duérmete.

¿Y entonces?

¿Y entonces qué?

Ay abue, tú no sabes contar cuentos, todos los revuelves. Mi abuelita sí se los sabe muy bien.

Pues llámala a ella. Te voy a apagar las luces y nada de estarte levantando.

¿Entendiste?

¿Con quién se casó la Caperucita, con la Bestia o el Principito? Yo creo que con el principito.

No se casó con ninguno de los dos para tu conocimiento.

¿Entonces?

¿No sabes otra palabra? ¡Entonces, entonces! Pareces disco rayado.

Ya no hay de esos. Ahora ya no se rayan.

Porque no son discos de verdad. Los únicos son los otros, los míos. Esos negros, grandes, con su etiqueta donde aparece un perro escuchando. Esos sí eran discos, no la porquería actual que nunca acaban. Los míos eran de una sola canción, la que queríamos escuchar. La poníamos una y otra vez. Ahora con estos que llama emepe quién sabe qué, te tardas horas y hasta días para que aparezca la que buscas y no la puedes repetir. Luego luego viene otra y otra y otra. Con el disco que tenía la canción Paloma blanca conquisté a tu abue. ¿Te la sabes?

No.

Te la voy a cantar para que te duermas.

“Paloma blanca, blanca paloma, ¡quién tuviera tus alas! ¡Tus alas quién tuviera!

Para volar y volar para, dónde están mis amores, mis amores dónde están.

Tómale y llévale, llévale y tómale, este ramo de flores, de flores este ramo, para que se acuerde de este pobre corazón.

Tuve un amor, un amor tuve, lo quiero y lo quise, lo quise y lo quiero

Porque era fino, porque fino era, más fino que un diamante, más que un diamante fino.

Tómale y llévale, llévale y tómale, esta copa de vino, de vino esta copa, para que se acuerde de este pobre corazón”.

¿Y entonces?

¿No te has dormido escuincle de mierda?

Tú le cantaste eso a la abue y entonces ella qué hizo.

Entonces el abuelo se quitó el cinturón y le dijo al nieto: O te duermes o te duermes.

Ya, abue, no seas. Termina de contar el cuento de antes.

Tú siempre ganas, como tu abuela, como tu madre.

¿Entonces qué pasó con el Principito?

Entonces el principito...

Tomás Urtusástegui

Agosto 2007